

La Lectura Popular



EL HOMBRECITO

Era una tarde fría y nebulosa, una de esas tardes melancólicas tan comunes en el Norte. La gran ciudad de Bilbao, la metrópoli de la industria, de la navegación y del comercio de la vieja patria de los bascos, aparecía envuelta en el rojo nimbo que despedían las innumerables chimeneas de sus grandiosas fábricas; el sol, próximo á desaparecer detrás de la pintoresca montaña de San Roque, se reflejaba tristemente en las espesas brumas de la ría, saturadas de polvo de carbón; los hermosos muelles que bordean las orillas del Nervión, quedaban paulatinamente envueltos en la sombra, sin que por eso disminuyera el movimiento febril de las innumerables embarcaciones amarradas á sus lados; y la ciudad vieja, centro de la industria y del comercio, parecía el gran taller de los Cíclopes forjando las armas de la civilización moderna.

Perseguido por uno de los guardias de los muelles, huía como alma que lleva el diablo por las estrechas callejuelas de la ciudad vieja, un muchacho desarrapado, rubio como el oro, y soberanamente hermoso, á pesar de las terribles huellas que el vicio y la vagancia habían modelado ya en su rostro de serafín caído de los cielos. Al llegar á las afueras de la población, tropezó con un anciano por diosero conocido suyo, y movido por el feroz instinto de su salvaje naturaleza, se abalanzó á él, le dió un empujón, le arrebató la gorra, y se la arrojó á un charco nauseabundo formado por las sucias aguas de una fábrica.

El infeliz, repuesto un tanto del susto, dirigió sus ojos angustiados á la fierecilla, y al reconocer al muchacho, exclamó levantando hacia el cielo sus temblorosas manos:

—¡Willian (Guillermo); eres un perdido, y por mi ánima te juro que has de acabar en un presidio! El muchacho, al oír la profecía del anciano, prorrumpió en una estrepitosa carcajada, y cogiendo un puñado de barró del arroyo, se lo arrojó diciéndole:

—¡Toma, viejo; para que refresques.

Y desapareció como un relámpago en

las últimas casas del barrio obrero donde tenía su vivienda.

Guillermo era un salvajito muy temible para los débiles, un ladronzuelo que vivía de lo que podía robar en los muelles, un hijo de un pobre obrero, cuyo triste jornal no era suficiente á alimentar seis hijos que tenía. El mayor de todos era aquel pillete redomado, y solo contaba doce años de edad; los demás eran muy pequeñitos aún. Sus padres habían perdido la esperanza de hacer de él un joven honrado, capaz de ganarle la vida; Guillermo pasaba muchos días fuera de su triste vivienda, se ahogaba entre cuatro paredes, y toda su complacencia consistía en vivir como un perro vagabundo por la gran ciudad, durmiendo al aire libre, ó en la cárcel. A pesar de todo tenía un gran corazón, y no pocas veces había demostrado sus nobles sentimientos realizando hechos heroicos de caridad y de abnegación. Un día, de rigoroso invierno, se arrojó al río para sacar á una niña que se había caído al agua, y la salvó con gran exposición de su propia vida. Pero esto no era lo ordinario; en aquel entonces sus maldades superaban en mucho á sus obras de misericordia.

Muy ajeno estaba él al penetrar en su casa del triste espectáculo que iba á contemplar allí. Su pobre padre agonizaba víctima de un percance muy común en los talleres; había sido cogido por una máquina, y espiró á poco de llegar Guillermo.

Su madre y sus hermanitos lloraban desconsolados junto al cadáver de su padre. Los lamentos de la triste viuda partían el alma de dolor: el horroroso espectro de la miseria y del hambre no se apartaba de su vista; la infeliz abrazada á sus cinco pequeñuelos, les decía:

—Hijos míos, ha muerto nuestro amparo; cuando me pidáis pan, yo no sabré donde encontrarlo porque todo ha acabado ya para nosotros!

Guillermo, con la cabeza baja y los ojos extraviados, sintió resonar en su corazón como golpes de martillo los lamentos de su madre. De repente se levantó, y arrojándose en sus brazos, cubriéndole de besos su semblante, entre sollozos que brotaban del fondo de su alma generosa, le dijo:

—¡Madre mía, no llores más!... ¡Desde hoy, yo seré el padre de mis hermanos, yo seré tu amparo, y confío en Dios que no has de echar de menos el jornal que mi padre te traía!

Aquellas palabras fueron un bálsamo dulcísimo que volvió loca de alegría á la pobre madre. Mas al punto se acordó de que su hijo no sabía ningún oficio, y toda acongojada, exclamó:

—¿Cómo podrá ser eso, hijo mío, si no has aprendido á ganarte la vida?

—¡Lo veremos!—contestó él con una convicción tal, que la buena mujer no pudo menos de bajar la cabeza, vencida por el entusiasmo y la energía de su hijo.

II

En efecto: Guillermo no sabía ganarse honradamente la vida en un oficio, ni tampoco tenía edad para ello; pero le sobraba corazón, y sobre todo, había cambiado de conducta por completo; deseaba ser honrado, y se enorgullecía sobre manera con la idea de que iba á ser en adelante el padre de sus hermanitos, el único sostén de la familia. ¡Oh, aquella idea lo transportaba de alegría!... ¡Cómo palpitaba su noble corazón!... ¡Cómo pensaba él en el oficio, en el medio de que había de valerse para colocarse á la altura de la gran misión que le había confiado el cielo!... ¡Adios, hábitos de holganza!... ¡Adios, compañeros de vicio!... ¡Adios por última vez!

Al día siguiente, cumplido el último deber con su buen padre, se dirigió á las minas. Allí conocía él á mucha gente, y no sin grandes dificultades, pudo encontrar una colocación. Duro, durísimo era el trabajo, pero todas las noches llegaba él á su casa con una peseta en el bolsillo, y algunos cuartos de propina, los que entregaba á su madre para comprar pan á sus hermanitos: él se arreglaba solo; sin faltar á su obligación sabía hacer algún servicio extraordinario á los mineros, y nunca le faltaba que comer. Pronto se hizo amar de todos por la dulzura de su carácter, por la solicitud con que se afanaba en complacerlos, y por la ligereza de sus piernas; pronto adquirió fama de

honrado y servicial, y todo el mundo deseaba su trato y compañía; pronto corrió la voz de la noble misión que aquella criatura se había impuesto y ya nadie le nombró más que con el honroso calificativo de *El hombrecito*.

Pero Guillermo no estaba satisfecho: su jornal no bastaba á satisfacer las necesidades más precisas de su familia; sus hermanitos comían, pero no comían lo suficiente; el invierno era riguroso, y apenas tenían lo preciso para cubrir sus carnes. Observó él que los mineros repugnaban mucho encender las mechas de los barrenos con que abrían las galerías de las minas: varios habían ya muerto alcanzados por los trozos de roca que lanzaban como balas de cañón las explosiones. El ojo perspicaz de *El hombrecito* vió en el temor de los mineros un medio de aumentar su jornal sin faltar á su cotidiana obligación.

Así fué: ofrecióse á encender las mechas y todos aceptaron. Desde aquel día ganaba ya Guillermo lo suficiente para cubrir las necesidades de su familia ganaba ya un jornal tan grande como el de su padre; pero cada día exponíase á la muerte; el menor descuido, el más leve retraso hubiera sido fatal para él.

Pero el ex-pilluelo no tenía miedo: corría como un gamo, y era sobrado previsor, desde que había echado sobre sus hombros tan sagradas obligaciones para no defender su vida del peligro. Cogía la mecha, y poniendo su confianza en Dios, acercábase al barrenos con grandes precauciones; predíale fuego, y dando un salto atrás, desaparecía como un relámpago por la vertiente de la montaña, y el estampido de la mina oíase cuando él estaba ya perfectamente en salvo.

III

Tan noble ambición no podía quedar sin premio. Dios se complace en derramar sus gracias soberanas sobre los buenos hijos: el trabajo y la virtud son tan gratos á la Divina Providencia que, aún en este mundo, encuentran su merecida recompensa, Guillermo se había conquistado ya, no sólo el cariño, y más acendrado amor de su familia, sino también el respeto y la admiración de todo el mundo. Aquellos viejos mineros hablaban con él como un hombre encanecido, como con un sér superior; le consultaban sus asuntos, le pedían consejo, y seguían siempre su parecer. ¡Qué honor tan grande para un muchacho que no había cumplido todavía los trece años!

Pero llegó un día en que la operación de los barrenos se hizo sumamente peli-

grosa, no era uno solo el que debía disparar sinó muchos, todos puestos en fila, con las mechas graduadas para dar tiempo á que se encendiesen todas sucesivamente y estallaran á la vez. La operación era tan difícil y arriesgada, que el mismo dueño de las minas había determinado presenciarse por sí mismo la explosión.

Esperaron al patrono los mineros largo tiempo, y viendo que no comparecía, decidieron poner fuego á la terrible batería. Guillermo, no sin cierto temor, se acercó á la fila, hizo la señal de la cruz, y empezando por la mecha más larga, en un instante las encendió todas, y emprendió el descenso de la montaña, dando saltos terribles.

De repente una exclamación de horror de los mineros que al pie de la vertiente presenciaban la operación, hízole detener en su carrera. Vuelve la vista, sin saber á qué atribuir las voces y el espanto de sus compañeros, y la sangre se hiela en sus venas. El coche del dueño de las minas, sin entender las señas y los gritos de los mineros, se dirige á todo correr de los caballos al sitio donde ardían ya las mechas, creyendo que aún no estaban encendidas.

¿Qué hacer en aquel terrible instante? Los barrenos iban á estallar, y el coche volaría convertido en astillas: él mismo, si se detiene un momento más, quedará aniquilado en la falda de la montaña, y su madre, sus hermanos, sin amparo.

Corta fué su vacilación: vuelve sobre sus pasos, corre, salta de peña en peña como un fantasma legendario, llega á la fila de los barrenos, arranca la primer mecha, y sin desmayar un punto, lívido, desencajado, palpitante, sintiendo como en sueños estallar en sus oídos aquellos volcanes espantosos, recorre la larga hilera, y cae jadeando sobre las rocas, con la última mecha ardiendo entre sus manos.

Un grito de admiración y de victoria saludó la heroica, la nobilísima acción de *El hombrecito*. Los mineros corrieron á su lado aclamándole como á un héroe; en aquel momento llegó el caballero, y al darse cuenta del peligro, pensó morir del susto; pero al reponerse se dirigió al *hombrecito*, y abrazándole con lágrimas en los ojos, le dijo:

—¡Me has salvado la vida!... ¡Desde hoy dejas de ser minero: yo te adopto por hijo!

—¡Señor, no puede ser!—contestó Guillermo.

Sodos quedaron admirados de estas sencillas palabras. ¡Rechazar así la brillante posición que el caballero le ofrecía!...

—¿Que es lo que dices? ¿por qué no puede ser?

—¡Señor, porque soy el único sostén de mi familia, mi madre y mis hermanitos viven de mi trabajo, y ni por todo el oro del mundo los abandonaré un solo día!

Todos aquellos hombres encallecidos por las privaciones y el trabajo lloraban como niños. El caballero quedó suspenso de asombro y admiración ante aquel sublime sacrificio, ante aquella inaudita abnegación; pero al punto replicó:

—Más que el haberme salvado la vida, exponiendo al sacrificio la tuya, me admiran tus palabras. ¡Eres la criatura más noble y generosa que he conocido en mi vida! Desde este momento tu madre, tus hermanitos y tú, vivireis en mi casa constituyendo mi familia. No tengo mujer, ni hijos, y doy gracias á Dios Nuestro Señor por haberme ofrecido tan gratisima ocasión de compartir mis bienes con quienes merecen todas las grandezas y todos los honores de la tierra,

Los obreros aplaudieron, sin sombra de envidia, aquella resolución admirable del dueño, y desde entonces *El hombrecito* no tuvo que exponer su vida para que no le faltara el pan á su madre y á sus hermanitos.

Barcelona 1894

Modesto Hernandez Villaescusa

UN CONSEJO A LA JUVENTUD

Todos los jóvenes sueñan con la gloria. Todos se suelen decir en su interior: «Yo seré, yo llegaré á ser un grande hombre.»

¿Y qué conseguiréis con eso, amables infelices? Suponed por un momento que vuestras aspiraciones se realizan. Ea; ya habéis llegado á la cumbre; estáis en el pináculo de la gloria terrena.

¿Qué gloria queréis? ¿La de los conquistadores? Suponed, pues, un César ó un Napoleón; habéis vencido en Farsalia y en Austerlitz, y, ¿qué lograréis con eso? Después de Farsalia viene Bruto con su puñal; después de Austerlitz, vienen Wellington y Brucher con sus ejércitos.

¿Preferís la gloria de los descubridores y navegantes? Ea; ya os supongo un Colón; habéis descubierto un nuevo mundo. Pero, ¿no sabéis que Colón murió ignorante de lo que había descubierto, y que lo trajeron de Cuba á España con grilletas, como á un vulgar presidiario?

¿Queréis ser un rey como Felipe II, en cuyos dominios no se ponía el sol? ¡Recordad el cáncer que acibaró sus días postreros!

¿Pretendeis ser, como el difunto Lesseps, un empresario fantástico, rompedor istmos y comunicador de mares? Pues no perdáis de vista que ese hombre tan afortunado ha muerto en la pobreza, en el abandono y en la deshonra.

Así, si no temiera cansaros, podría presentar aquí un catálogo larguísimo del término inevitable de las grandezas, fortunas y glorias de este mundo.

En esfera más modesta, ¿no son generalmente tristísimos los últimos días de la vida más humilde? Con razón se ha comparado la vejez al desnudo invierno; porque en la ancianidad el hombre se despoja, como los árboles en la estación de los fríos, de toda la pompa que fué su gala y su alegría en más felices tiempos.

De aquí que la dicha sea un sueño no más como la gloria. La vida suele ser hermosa y alegre en la subida, fea y horriblemente melancólica en la bajada.

No hay más que una realidad: la virtud. Esta sí que no acaba; esta sí que no se marchita ni muere.

Jóvenes: no soñéis con ser grandes hombres; no soñéis tampoco con ser dichosos en la tierra. Apeteced una sola cosa: ser buenos.

Procurad ser cada vez mejores. Buscad á Dios. Si tenéis á Dios, lo tenéis todo, aunque, según el mundo, nada tengáis; si no tenéis á Dios, nada tenéis, aunque, según el mundo, lo tengáis todo.

Cuando llegue la hora segura é inevitable de la muerte, ¿de qué valdría al hombre el haber sido un sabio eminente, un literato de fama, un príncipe, un conquistador, un opulento, un empresario afortunado como Lesseps? ¿De qué valdrá el haber ganado batallas, escrito obras ó roto istmos de Suez? Absolutamente de nada; lo único que valdrá es el haber sido bueno, esto es, amigo de Dios.

De La Lectura Dominical.

VARIEDADES

PROMESAS.

¡Hoy lo mismo que siempre!... Forman-
Propósitos buenos, [do
¡Que olvidados despues no se cumplen...
¡Y así pasa el tiempo!...
¡Y se acaba la vida!... Y la muerte
Se acerca en silencio
Esperando el momento de herirnos
Como dardo certero;
Y nos halla vacíos de obras.
Formando proyectos
De mudanza total de costumbres,
De enmienda de yerros,

De servir al Señor como quiere
Y no cual queremos...

Sin llegar á la práctica nunca,
Cobardes y necios...
¡Oh Jesús!... ¡Cuántas horas perdidas
En plácidos sueños

De no sé qué futuras grandezas
Que forja el deseo,
Con olvido total de virtudes
De santos ejemplos,
De seguir tus pisadas llevando
La cruz sobre el pecho!...

Hoy con ansias ardientes subimos
En rápido vuelo,
Y mañana nos hunde y agobia
Fatal desaliento...

Hoy protestas de amor incansables,
Nostalgia del cielo,
Confusion y vergüenza y olvido
De vanos deseos...

¡Y mañana por precio mezquino,
Ingratos y arteros,
Con fingidas palabras y halagos,
Señor, te vendemos!...

.....
¡Ah!... ¡no vuelvas airado tu rostro!...

Servirte queremos,
Y esta vez para siempre; tan fieles
Que olvides los yerros,
Las traiciones, los tristes engaños,
Olvido y desprecios
Con que, alevos; herimos mil veces
Tu pecho tan bueno...

.....
Pues cumpliendo las santas promesas
Que humildes hacemos,
Obtendremos la dicha de amarte
Por siempre en el cielo!

RAQUEL.

Seccion instructiva.

¿Cómo se perfecciona el hombre?
Por medio de las virtudes!
¿Quién ha de dárselas?
Dios, padre de las luces, de quien
procede todo don perfecto.

Por los siete dones del Espíritu Santo nos facilita el Señor en todas las virtudes, en particular en las tres principales de todas, llamadas teológicas, fe, esperanza, y caridad; y asimismo en las cuatro morales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza: á todos depierta, esfuerza, inflama, para que estén siempre prontas y diligentes en sus propios ejercicios: porque la fé, esperanza y caridad son levantadas por el don de la sabiduría y del entendimiento; la prudencia por el don de la ciencia; la justicia por el don de la piedad; la fortaleza moral, por el

don de la fortaleza, don sobrenatural; la templanza, por el don del temor del Señor.

Estos siete dones del Espíritu Santo destruyen y matan en nuestras almas siete movimientos que el espíritu maligno levanta en los que viven según los deseos de su carne, que son los siete llamados capitales, ó raíces y principios de todos los males. De estos leemos en el Evangelio que el Señor echó siete demonios del alma de una mujer; porque por su divino Espíritu, que vino á comunicar al mundo, echó de las almas las siete raíces de todos los vicios. Porque venido el Espíritu más poderoso, echó fuera el espíritu de toda maldad, reformando en el alma toda justicia.

El espíritu de temor arranca la soberbia, y planta la humildad, porque el fin de la humildad es el temor del Señor.

El espíritu de piedad (por el cual nos gozamos del bien de nuestro prójimo) arranca la envidia. Con la paciencia, dice San Pedro, guardad la piedad, y con la piedad el amor de los hermanos.

El espíritu de la ciencia (que desecha la locura) arranca del alma la ira, que siempre está acompañada de la locura, según lo que está escrito: La ira reposa en el corazón del loco.

El espíritu de ciencia nos enseña que nos hemos de haber con los que injustamente nos ofenden, como se ha el sano con el enfermo, ó con un niño, ó con un frenético; á los cuales solemos sufrir palabras y obras injuriosas, sin hacer caso de ellas, riéndonos de lo que dice y hace el niño, y compadeciéndonos del enfermo y frenético; y no dejamos de proporcionarle la salud.

El espíritu de la fortaleza echa fuera el espíritu de la pereza y tristeza espiritual, desarraigando del alma todo el mal hastio: deshace los nublados, alegría y aclara el alma, sustentándola con la esperanza, según aquello del profeta Isaias: En la esperanza y silencio será vuestra fortaleza. Y Neemias dice: No esteis tristes, que el gozo del Señor es nuestra fortaleza. Y el apóstol Santiago: Cuando alguno se hallare triste, haga oración con ánimo sufrido y fuerte, y cante alabanzas al Señor; esto es, levante dentro de sí

y despierte el don de fortaleza, con el cual ore con gemidos a Dios.

El espíritu de consejo destierra del alma la avaricia; porque este don nos hace libremente escoger lo mejor; conviene á saber, procurar enriquecernos de bienes espirituales, y hacer el tesoro en el cielo y no en la tierra, conformándonos con el consejo del Salvador, que dice: ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si se pierde y padece daño su alma?

El espíritu del entendimiento degüella á la gula que se suele señorear de solos aquellos que son como brutos, que tratan de henchir el vientre.

El espíritu de la sabiduría apaga el fuego de la lujuria; porque por este don gustamos y nos deleitamos en las cosas de Dios, y aborrecemos (como á cosas asquerosas) los sensuales deleites.

Pidamos, pues, al eterno Padre estos siete dones de su divino Espíritu, por los merecimientos de su Hijo Jesucristo, Salvador nuestro, para que podamos echar de nosotros esta mala cuadrilla de siete sucios espíritus, y digamos con el profeta David: Criad, Señor, en mí un corazón limpio; renová en mis entrañas un espíritu recto y justo; no me despidáis de vuestra presencia, ni apartéis de mí vuestro Espíritu Santo. Volvedme y restituidme, Señor, la alegría de vuestra salud, y confirmadme con vuestro principal espíritu.

¿Debemos creer y esperar que Dios nos dará su espíritu si se lo pedimos?

Sí, porque así lo prometió Jesucristo cuando dijo:

«Si vosotros siendo malos sabéis dar á vuestros hijos buenas dádivas, ¿con cuánta más razón vuestro Padre celestial (que es sumamente bueno) dará el espíritu bueno á quien se lo pidiere como se debe pedir? Y Santiago dice: El que tuviere necesidad de sabiduría, pídale á Dios; que él la da á todos (los que bien se la piden) abundantemente, y pídale con fé, sin alguna duda.»

DOS NOTICIAS EDIFICANTES

Un opulento banquero protestante, el millonario Herman Kouingswarter, se ha convertido al catolicismo, y, según dicen

los periódicos trata de repartir entre los pobres dos millones quinientas mil pesetas, ó sean diez millones de reales.

Un penitente ha entregado al Sr. Obispo de la Seo de Urgel, bajo secreto de confesión diez mil pesetas, para restituir las á las arcas del tesoro público, lo cual ha verificado el citado Sr. Obispo por conducto del general Weyler.

Si por el fruto se conoce el árbol ¡qué árbol tan hermoso el del catolicismo! Y ceguera tan grande la de los que, viendo sus frutos, tratan de derribarle aun.

Pero dirán, ese árbol es venenoso; el que bebe su jugo es atacado por la fiebre.

Es verdad; al que se acerca al árbol de la fe y se embriaga de su savia, le entra la fiebre de la justicia; quiere dar lo suyo en vez de tomar lo ajeno y anhela sacrificar su vida, antes que hacer daño á la vida de los demás.

Y esta es precisamente la causa por qué tantos le odian.

En un desdichado periódico socialista de Bilbao, titulado *La Lucha de clases*, del cual un amigo tuvo la bondad de enviarnos un ejemplar, leíamos hace poco esta serie de desatinos.

«...No tenemos reparo en afirmar que no creemos en la existencia de ningún Dios, que no tomamos en serio la del alma y que nos reimos del cielo, el purgatorio y el infierno, lugares que solo existen en las fantásticas imaginaciones de los Asensio y compañía.»

Este periódico socialista decía que quería hacer la felicidad del pueblo.

Pero se nos ocurre preguntar; si el banquero alemán y el penitente barcelonés hubieran creído las doctrinas materialistas predicadas por ese periódico, repartiera el uno sus millones entre los pobres y entregara el otro los cuartos para devolverlos al Estado?

Dejamos que el buen sentido conteste estas preguntas mientras llega la ocasión de volver á tratar de periódico bilbaino donde hemos leído una carta de cierto catedrático de la universidad de Salamanca adicionada por la redacción de *Lu Lucha* con cuatro docenas de blasfemias que merecen cuatro docenas de albardas.

A. CLAVARANA

BIBLIOGRAFIA

DERECHO A LA IGNORANCIA por D. Francisco Camps y Mercadal, licenciado en medicina y cirugía. Con licencia de la autoridad eclesiástica. Mahon 1894 tipografía de Parpal. Este erudito opusculo sembrado de ideas ingeniosas y saturado de la más pura ortodoxia merece leerse por ser de oportunidad.

CATECISMO EXPLICADO CON EJEMPLOS. por el Presbítero D. Camilo Cruzar de la pia sociedad de San Francisco de Sales; con licencia eclesiástica. Tercera edición. Sarriá, Barcelona. Tipografía y librería Salesiana.

1895. Un tomo en cuarto de 1006 páginas. Contiene ejemplos escogidos que comprueban cada uno de los puntos del Catecismo. Es obra útil para la instrucción de la juventud y por tanto muy apropiado para auxiliar á los Párrocos, maestros y padres de familia en el desempeño de sus trabajos de enseñanza. Precio 4 pesetas en rústica, 6 encuadernado.

VIDA ADMIRABLE DEL SIERVO DE DIOS D. ANTONIO MARIA CLARET por el P. Mariano Aguilar. Dos volúmenes en cuarto de más de 500 páginas ilustrados con fototipias; 12 y media pesetas. Librería de Hernandez. Madrid. Esta nueva vida ha de ser leída con interés por todos los españoles y más si se tiene en cuenta el importantísimo papel que el calumniado siervo de Dios jugó en nuestra historia contemporánea.

LOS CATOLICOS ALEMANES, POR A. KAUNFINGER Y LOS CATOLICOS ESPAÑOLES POR G. VILLOTA Canónigo de Burgos. Con licencia eclesiástica. Madrid. Un tomo en cuarto de 183 páginas. 2'50 pesetas. En todas las librerías Católicas. Las valientes luchas sostenidas por los Católicos alemanes contra el Kultur Kampf; Los esfuerzos de su celosísimo clero para atender á las necesidades del pueblo y los trabajos análogos hechos en España frente á la revolución y sus tendencias, constituyen el fondo de esta obra sembrada de datos muy interesantes.

PROPAGANDA CATOLICA por D. Felix Sandá y Salvany Presbítero Director de "La Revista Popular," Tomo VIII. Con licencia eclesiástica. Un volumen en cuarto de 506 páginas 4 pesetas. Barcelona. Librería Católica. Pino 5. Son tan conocidos en toda España y tan justamente alabados los escritos del insigne autor de "El liberalismo es pecado," que sería ridículo recomendarlos en una nota bibliográfica. Las obras de Sandá se recomiendan por sí solas. Baste decir que deben figurar en la biblioteca de todos los católicos españoles.

FULVIA O LOS PRIMEROS CRISTIANOS, por doña Francisca Sarasate de Mena. Con aprobación de la autoridad eclesiástica. Zaragoza 1888. ROMANCEO ARAGONÉS, de la misma autora, Zaragoza 1894. Ambas obras novelesca la primera y poética la segunda, están escritas en cristiano, cosa que por desgracia no acontece á menudo y por tanto son muy estimables. Además están elaboradas con verdadero arte y revelan en su autora dotes tan altas como las de algunas escritoras insignes á quienes el mundo aplaude, no obstante merecer por el mal empleo de sus talentos que sus obras figuren en el cesto de los papeles viejos.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una acción. 4 pesetas mensuales.
Media id. 2 " "
Un cuarto id. 1 " "
Un octavo id. 0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR,